



La biblioteca militar

En 1969 el Estado me tuvo secuestrado durante catorce meses —así lo viví yo— para hacer el servicio militar. Me tocó el campamento de Almería, en el desierto. Cuando salí de Viator, convertido en una perfecta máquina de matar, el legendario infante español, me enviaron a Granada donde me había agenciado un puesto en la Biblioteca Militar de la Novena Región.

La Biblioteca estaba instalada en el Gobierno Militar, un viejo convento mercedario con patio interior de fuente, parterres y aspidistras. La Biblioteca Militar era un reducto ignorado dentro del organigrama castrense, como el blocao de Baler en *Los últimos de Filipinas*. Se entraba por una puerta anónima, se subía una escalera, se atravesaba un vestíbulo oscuro y se accedía a una sala de lectura bastante aparente con hasta quince asientos. Otra sala similar hacía de depósito de libros, unos cinco mil, la mayoría de tema militar o político: *Palabras de Franco*, *Héroes en la Guerra de Marruecos*, *Alas españolas*, *Hazañas navales*, *La enseñanza del valor*, *Mi Lucha*, de Adolfo Hitler, *Treinta años en la Legión*, títulos así. También había grandes obras literarias: autos sacramentales de Calderón, obras completas de San Juan de la Cruz, *La perfecta casada*, y novelas tan comprometidas como *Un millón de muertos* de Gironella.

*Los militares sacaban mucho
los cuentos de Boccaccio,
aunque algunos los devolvían
indignados al día siguiente.*

La Biblioteca, que recibía la visita de una media de dos lectores al día, estaba atendida por un teniente coronel, un comandante, un capitán y cinco soldados. El teniente coronel director, ya viejo, buena persona, no se metía en nada y pasaba el día en un despacho acristalado. El comandante y el capitán se acomodaban en una mesa camilla, los soldados en la trastienda. El comandante se pasaba las horas estudiando, porque cursaba la carrera de geología; el capitán leía el periódico o pensaba en sus cosas. Le faltaba un dedo. Los soldados atendíamos a los dos lectores de la media que retiraban libros por el servicio de préstamos. Los

militares sacaban mucho los cuentos de Boccaccio, aunque algunos los devolvían indignados al día siguiente: “Este libro es una inmoralidad, mi teniente coronel. No debería figurar en una biblioteca militar”. “Comparto su indignación, comandante, pero es que, como está catalogado, para descatalogarlo hay que solicitar un permiso al ministerio y es un lío de papeles. Es mejor tenerlo ahí y no hacerle mucho caso. Lo que vamos a hacer es ponerlo en la tabla de los reservados”.

Había un cajón grande pintado de verde, una biblioteca ambulante para acercar al frente las grandes obras de la literatura en caso de guerra. Cuando hay una guerra los libros son muy útiles y te salvan en situaciones apuradas: para encender una hoguera, para limpiarse en las improvisadas letrinas, incluso como vendas, si el papel es absorbente. Y como parapeto: la densidad del papel detiene bien las balas y la metralla.

Cada mes o así venía un joven teniente grande y ancho, que sabía que yo era estudiante y aficionado a los libros. Se dirigía a mí con cierta familiaridad y solicitaba algún libro de cierto nivel que casi nunca teníamos. “Si mi teniente quiere lo apunto y se lo pedimos”; “¿Se puede hacer?”; “Sí, mi teniente, tenemos una asignación mensual para adquisiciones y no sabemos en qué gastarla dado que en el mercado escasean los libros de guerra donde ganen los alemanes”.

Entre los hijos y nietos de los africanistas iba habiendo militares instruidos, cultos, liberales como aquellos de la Ilustración, Churruga, Cadalso y otros. Entre el olor a polilla y moho de la Biblioteca Militar de la Novena Región, Boccaccio aguardaba pacientemente su oportunidad en el estante de los condenados. ■